

ESPAÑA EN EL PACIFICO

LA ISLA DE PONAPE

por RAMON SANCHEZ DIAZ

I

EL GENERAL D. MANUEL SERRANO RUIZ.—OCUPACIÓN DE PONAPE.—
BALANCE DE MUERTOS Y HERIDOS.—EL CONFLICTO DE LAS CAROLINAS.—
HABLA EL GENERAL WEYLER.—NUESTRO EJÉRCITO EN FILIPINAS.

Un nieto del General don Manuel Serrano Ruiz (1), me dio hace meses setenta y siete cuartillas prendidas con una grapa ya oxidada... La lectura de estas cuartillas produce sensación de hastío, como si la mano que las escribió estuviera cansada de palpar telarañas de sueño y de sombra. Recogen un trance angustioso del quehacer español por aguas e islas del Pacífico. Cuando el General Serrano las redactó, a modo de memorias, tenía cuarenta y seis años y llevaba cuatro de brillante coronelia.

Hace de esto setenta y cinco años.

Copio letra por letra lo que dice Serrano en la última de sus cuartillas. Lo dice con calma, sin ira, sin fosforescencia. Lo dice tal como lo siente: con fondo infinito de infinita amargura.

«Han pasado nueve años, durante los cuales, la Isla no produjo ningún disgusto a España. Tampoco le produjo rendimiento alguno.

»11 de octubre 1899. Llegan a la rada los transportes *General Alava* y *Aranus*. Este último es el mismo que llevó las fuerzas expedicionarias para sofocar el levantamiento. Ahora viene a llevarse las tropas españolas.

»El mismo día arriba el cañonero alemán *Jaguar* y el transporte *Kudat*. Vienen con fuerzas para hacerse cargo de la Isla. Estas se componen de veinticinco alemanes y treinta malayos procedentes de Nueva Guinea.

(1) El teniente coronel de Caballería don José Serrano Vals.

»12 de octubre. Se celebra la ceremonia de la entrega a Alemania, cruzándose discursos entre el Jefe español y el Gobernador de Nueva Guinea, que viene en representación de su Nación. El acto tuvo lugar a las nueve de la mañana.

»18 de octubre. A las once y media sale el *Uranus* hacia Saipón con todo lo que quedaba de España»...

Hay en estas frases epilógicas un tono de fatalismo profético y sentimental ampliamente justificado. Sin embargo, el *Uranus*, barco mercante, alquilado por Guerra a la empresa *Aldecoa y Compañía*, no se llevaba de la Isla *todo lo que quedaba de España*, sino que dejaba en ella lo que España dejaba tras sus pasos caminantes de Nación peregrina: su impronta de civilización y el entronque con el mandato evangélico, médula clásica del colonizar español. «Mirad que os he echado aquellas ánimas a cuestras. Parad mientes que deis cuenta dellas a Dios y me descarguéis a mí» —decía la Sacra Cesárea Majestad de Carlos V, al despedirse de los Prelados de Panamá y Cartagena de Indias—.

Aunque después se haya llevado a España, incluso dentro de España, al fuero del razonamiento especulativo, creemos que nuestra acción colonizadora nunca fue neutra y amorfa —aséptica, podríamos decir—, como tampoco lo fue su paralela la portuguesa, ni más tarde la francesa. No puede hablarse hoy del vasto período del colonialismo europeo sin correr seguro riesgo de grave anatema. Pero por mucho que se hable de ello, nunca podrá silenciarse la Historia ni convertirla en artificio técnico. La metódica y pulcra ordenación de datos no cala demasiado hondo en la dimensión genética de las cosas. Afortunadamente, poco importa al culto de los hechos la incierta validez del dato, que incluso llega a marginar el espíritu reflexivo y crítico con que debe tratarse la Historia. Los términos colonización y civilización conforman en el tapiz de la Historia una sinonimia vacilante, con activos y pasivos de muy difícil cualidad. Egipto, Cartago, Persa y Roma fueron imperios colonizadores, de lo que nosotros, sus antiguos colonizados, hacemos heráldica para nuestra estirpe occidental. Incluso nuestra condición de bárbaros sometidos a la *lex* y al *gladium* romanos se refugia hoy en patriotismo de raza.

Las cuartillas que escribió el coronel Serrano se refieren a la presencia de España en la Isla de Ponapé —Santiago de la Ascensión, después de su bautismo...—, que duró desde 1887 hasta 1899. Ponapé sólo mide 334 kilómetros cuadrados de superficie, algo así como la sexta parte de nuestra provincia de Alava, que es la menos extensa entre las que cubren el territorio nacional. A pesar de tan modesta entidad geográfica, es la mayor isla de las Carolinas Orientales, grupo de las seniavinas. La Pacificación de Ponapé duró tres años y salió por 118 muertos y 87 heridos españoles.

Pocos muertos y pocos heridos para tres años de completa lucha; pero no tan pocos si tenemos en cuenta que representan el quince por ciento largo de la población civil y guarnición militar en un islote de dimensiones exiguas.

Y he aquí las cifras (2):

Bajas en acción de guerra:

	Muertos	Heridos
T. Coronel Médico.....		1
Capitán Guardia Civil.....		1
Capitán Infantería.....		1
Capitán Infantería de Marina.....		1
Tenientes Infantería.....		2
Tenientes Artillería.....	1	1
Sargentos Infantería.....	1	3
Sargentos Infantería de Marina.....	1	
Cabos Infantería.....	1	7
Cabos Artillería.....	2	4
Soldados Infantería.....	17	33
Soldados Artillería.....	9	29
Soldados Infantería de Marina.....		1
Paisanos.....		2
Mujeres.....		1
	32	87
<i>Bajas por «matanzas»:</i>		
Cap Fragata, Gobernador Isla.....	1	
Oficiales de Infantería.....	4	
Paisanos.....	3	
Secretario del Gobierno.....	1	
Intérprete.....	1	
Ordenanza.....	1	
Clases y Soldados.....	75	
TOTAL.....	118	87

(2) Cr. *La Isla de Ponapé*. A. CABEZAS PEREIRO. Lito-Tipografía de Chofré y Comp., Manila, 1895. En pág. 227 y sig. figuran los muertos y heridos con sus nombres.

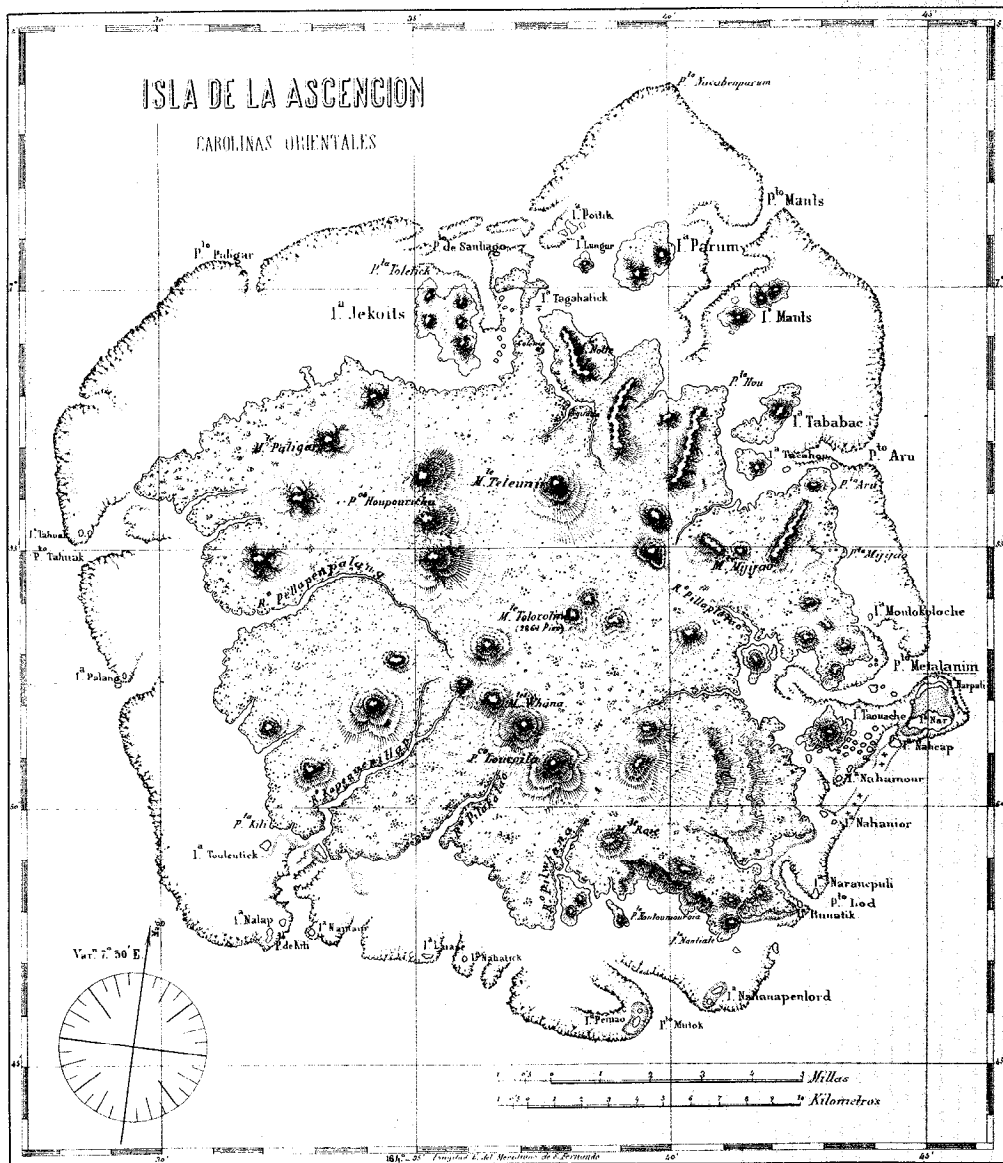
La palabra *matanza* aparece en todos los escritos de la época. Debemos respetarla. Con ella se apuntaba a las muertes masivas que causaban los indígenas canacos a los españoles en acciones que hoy calificaríamos de guerra suversiva. En el balance de bajas no incluimos las indígenas, y no por negligencia, sino por falta de notación.

España tomó formal y solemne posesión de la isla de Ponapé el 19 de abril de 1887, cuando ya la nave tetrasecular del Imperio hacía agua por muchas partes. Entre 1810 y 1825 se habían desgajado de la metrópoli diecisiete nuevos Estados suramericanos por un total de más de once millones de kilómetros cuadrados. Allá, en el Nuevo Continente, no ondeaba la bandera española más que en Cuba y en Puerto Rico. En Cuba ya se había producido el famoso grito de Yara, en 1868, como en Puerto Rico el de Lares, en el mismo año, sucesos que, con diferencia de matices, señalaban el punto de partida para sus futuras independencias. También seguía la bandera de España en todo el archipiélago filipino, con sus 7.000 islas e islotes, con su enorme distancia a la metrópoli y con el peso de su difícilísima y costosa administración. España poseía Filipinas y la Micronesia desde 1564, cuando López de Legazpi ocupara sus principales islas, construyendo en Manila la primera fortaleza. Desde 1850, con el movimiento separatista, dirigido por Cuesta y reprimido por el marqués de Novaliches, venía amasándose en Filipinas la fe de un salto definitivo hacia su independencia; después, en 1871, sobrevino la rebelión de Cavite, sofocada y reprimida, pero no extirpada en sus esencias doctrinales.

En estas circunstancias de liquidación total del imperio colonial ultramarino, se produce, forzado, el último espasmo de expansión española en el Pacífico, sobre las islas Carolinas. Decimos *expansión* aun a sabiendas de que no nos ceñimos a la realidad, pues estas islas ya pertenecían *de jure* a España, aunque España no había sancionado su posesión con actos de hecho. Que es en lo que Alemania e Inglaterra basaron su artificio jurídico para negar a España su derecho a las Carolinas, dando lugar al famoso y envenenado Conflicto de las Carolinas (3), que a punto estuvo de desencadenar lo que hubiera sido la primera guerra mundial. Y que no se desencadenó gracias a la postura de dureza que adoptó España, y gracias, también, a la intervención arbitral del papa reinante, León XIII, que aunque *terció e hizo mal tercio*, evitó peores males. El protocolo pontificio se firmó el 25 de diciembre de 1885. «El tal protocolo es uno de los mayores triunfos coloniales para la protestante Alemania y una vergonzosa derrota para la católica España», que perdió la mitad del objeto discutido (4). Catorce años

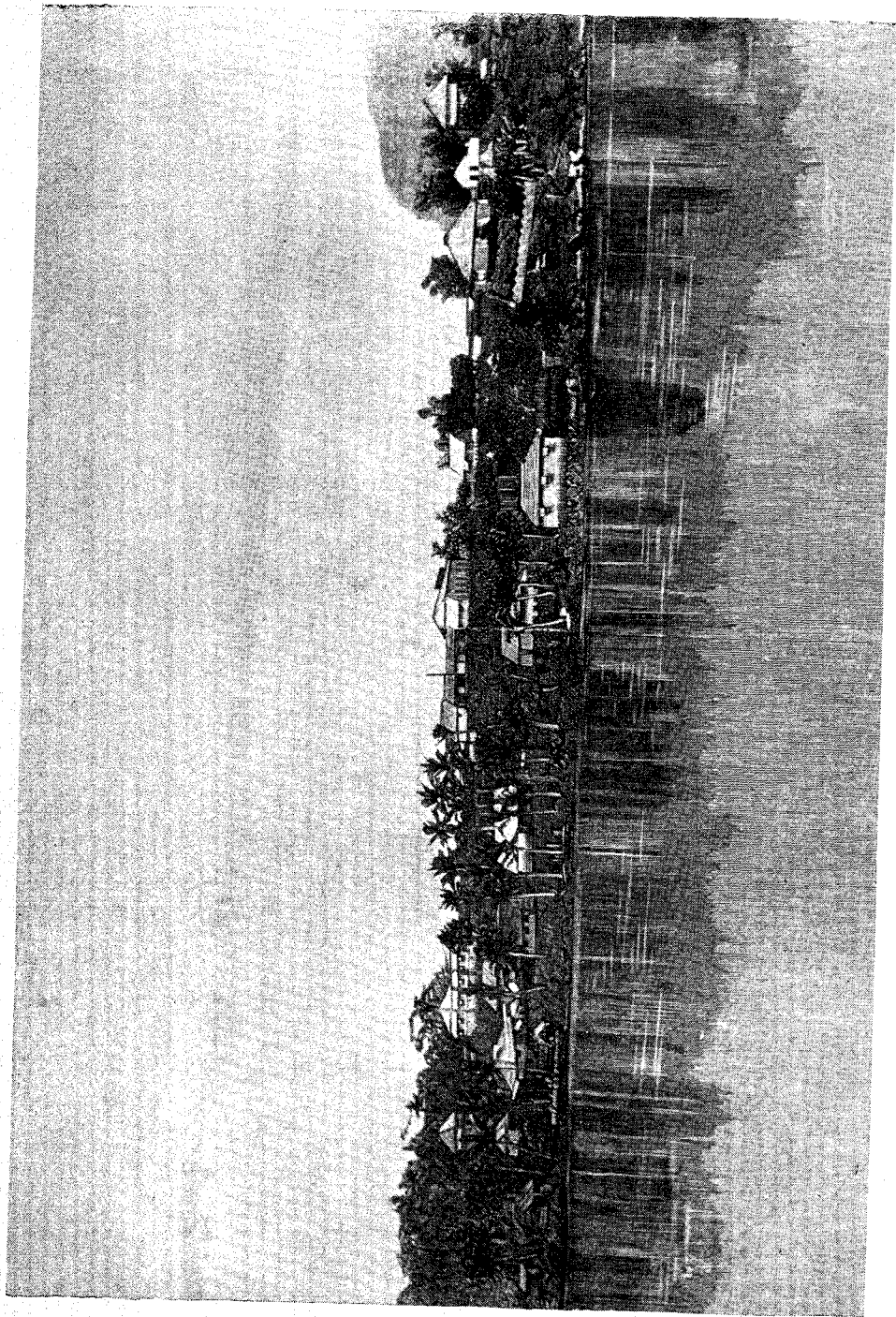
(3) Este tema se encuentra ampliamente tratado en *Historia del conflicto de las Carolinas*, por E. TAVIEL DE ADRADE, Madrid, 1886, Imp. M. Tello.

(4) *Historia General de España*, M. LAFUENTE, t. XXV, p. y sig.



Isla de la Ascension (Ponapé).

(De Los fondos cartográficos del Servicio Histórico Militar, Plano 38, Sig. 14-13-12, Hoja 1.)



Vista general de la colonia de Santiago de la Ascensión.
(De la *Ilustración Española y Americana*, núm. 54 de 30 de noviembre de 1890, pág. 329.)

más tarde, España vendía a Alemania, por 25.000.000 de pesetas, lo que le quedaba de las Carolinas.

Pero antes de llegar a esta venta, España se vio forzada a formalizar sus derechos a las Carolinas, efectuando varias expediciones marítimas, seguidas, claro está, de desembarcos. Uno de estos desembarcos es el que se hace en la isla de Ponapé, de que vamos a tratar. Pero veamos primero qué opinaba de todo ello en 1886 un Capitán General español fallecido en 1930, don Valeriano Weyler Nicoláu, antes de ser Gobernador y Capitán General de las Filipinas, que lo fue de 1888 a 1891 (5):

Si el sentimiento patrio, tan fácil de exaltar en nuestro pueblo, no se hubiera patentizado cuando Alemania trataba de anexionarse las Carolinas, seguro es que la mayoría de los españoles hubieran preguntado dónde están estas islas. La publicación de esta obra trata de decir lo que yo he mostrado repetidas veces sobre la mala hora en que ocupamos aquellas islas. También el doctor Cabezas escribió con su sangre lo que a España cuesta su posesión. El verdadero patriotismo, según yo entiendo, impone su abandono. Su posesión es tan inútil, que hasta he llegado a figurarme que los alemanes, de haberlas ocupado, las hubieran abandonado al conocer lo que son. Yo quisiera poder demostrar la conveniencia de llevar a la práctica la idea de abandono. ¿Para qué queremos ocuparlas y qué fin u objeto nos propusimos con ello cuando lo hicimos? Hasta la fecha sólo hemos recibido de ellas sacrificios en hombres y dinero»...

Las opiniones de Weyler siempre fueron de alto bordo. Sabía mucho de colonias y de insurrecciones coloniales. El veterano general y senador, precursor, más que estrella, de la generación del 98, administraba realidades en una España con cierto grado de condensación mítica, que era preciso neutralizar con llamadas conscientes a la razón de lo todavía posible. Esto —lo todavía posible— consistía en conservar o dilatar la posesión de Filipinas, concentrando la presencia de España en el archipiélago propiamente dicho. Porque no podía hablarse entonces de repliegue colonial en el Pacífico mientras Inglaterra, Alemania, Francia y Portugal se estaban repartiendo África. Una revista de la época analizaba así la situación (6):

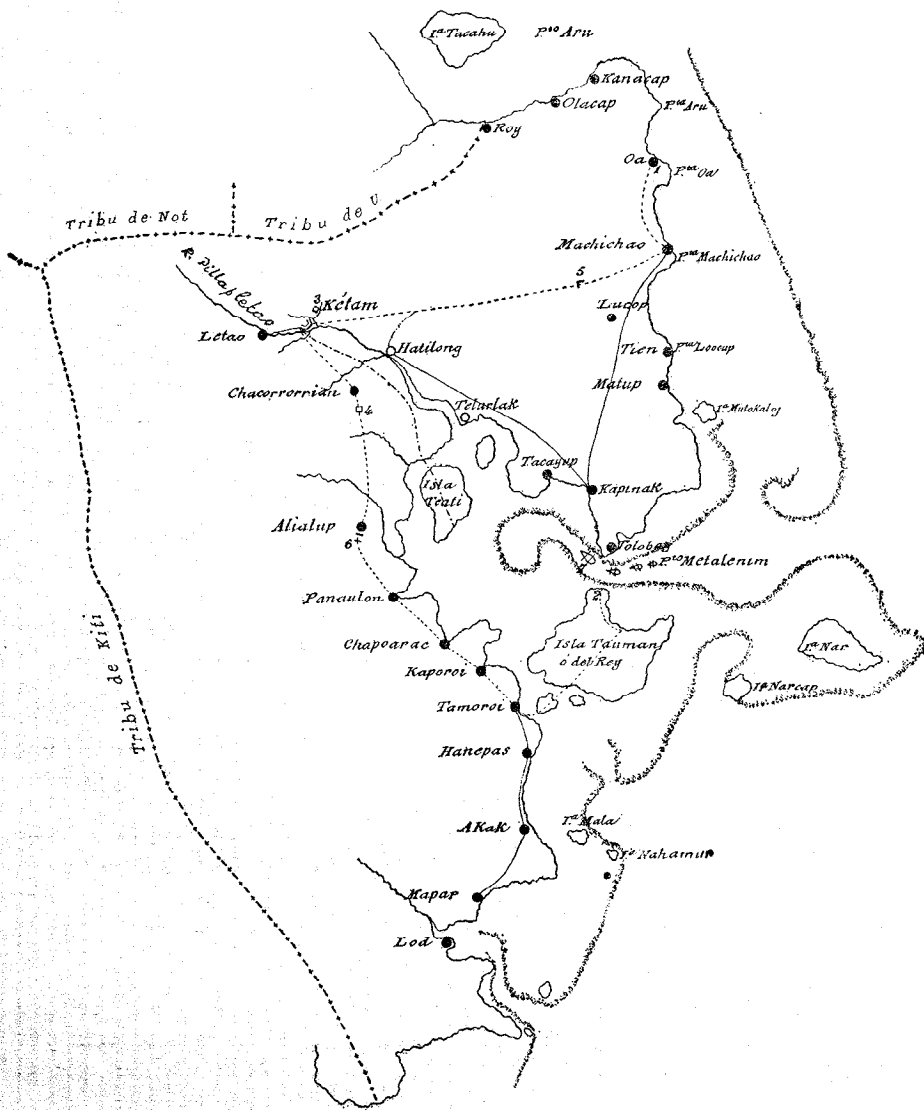
No se han cumplido aún cuatro siglos desde que la célebre bula del papa Alejandro VI repartía la América descubierta por Colón entre España y Portugal, cuando puede decirse que el

(5) Prólogo al libro de A. Cabezas Preyro, ya cit.

(6) *La Ilustración Española y Americana*, núm. XXIV, p. 10, del 8 de junio de 1890.

**CROQUIS del teatro de operaciones de
METALENIM. (1890)**

- 1.....Punto de desembarco de la 2.^a columna (21 Noviembre)
- 2.....Punto de desembarco de la 1.^a columna
- 3.....Campamento de la 2.^a columna en la noche del 22
- 4.....Campamento de la 1.^a columna la misma noche
- 5.6. Trincheras enemigas
- 7.....Fondadero de la escuadra
- Línea de aprovisione
- Límite de la tribu
- Camino de ida de las columnas (22 Noviembre)
- Camino de vuelta (25 Noviembre)



Croquis del teatro de operaciones de Metalenim (1890).
(De las Memorias del General D. Manuel Serrano Ruiz.)

tratado anglo-germano, negociado en brevísimo tiempo y en medio de un misterio que no pudieron descubrir los Gabinetes de las potencias más interesadas, ha venido a sorprender al mundo con lo que bien puede llamarse la partición de Africa...

Así, pues, la postura española frente a Filipinas, Cuba y Puerto Rico, encajaba perfectamente en los módulos imperialistas de aquellos tiempos, y no se desdecía, en absoluto, de lo que pretendían hacer e hicieron otras naciones.

Conviene, antes de proseguir, contrastar la opinión de Weyler con la de Taviel de Andrade, que dice en el Discurso Preliminar de su citada obra:

Y sólo entonces fue cuando la nación española se levantó ofendida y arrogante, como no podía menos, e hizo la manifestación más solemne y grandilocuente de cuantas se han conocido. No, no había perdido la cabeza la nación española al obrar así, como pretendieron algunos. La conservaba bien puesta y erguida, sostenida como estaba por su corazón. La nación española tenía razón que le sobraba para protestar solemnemente de los despojos de que estaba siendo objeto desde el 22 de enero del mismo año 1885, en que supo, por la discusión en las Cortes del protocolo de Joló, que para salvar esta isla nos habíamos visto obligados a ceder a Inglaterra la de Borneo, que es la más grande e importante de toda la Océania; y que Alemania, disgustada por no haberse podido quedar con la de Joló, se proponía aprovechar la primera ocasión para indemnizarse. Y cuatro meses después llegó a su noticia que el despojo continuaba, y que entonces era Alemania la que había aprovechado en el Congreso de Berlín, quedándose con el territorio de los Camerones, que era nuestro y que está situado frente a nuestra isla de Fernando Póo, y por último como si esto no fuese bastante, el 23 de agosto sabe que Alemania había comunicado a nuestro Gobierno y a las demás naciones la anexión de las Carolinas, que pensaba llevar a cabo, y el 4 de septiembre se llena el coímo con la noticia telegráfica de que el buque de guerra alemán, el *Iltis*, sin respetar nuestro derecho ni la presencia de nuestros buques y autoridades, había plantado en Yap su bandera. ¿Qué había de hacer la nación española? Pues lo que hizo: manifestar pública y solemnemente que España no podía consentir que la fuerza se sobrepusiera al derecho. Y esta demostración tan patriótica fue la que resolvió el conflicto.

Ante los derechos y la actitud de la nación española, Bismarck se inclinó, recapacitó, y resolvió la mediación del Papa.

Antes de adentrarnos en las cuartillas del General Serrano, que empiezan a ser memorias a partir del tiro en la boca que se pega su antecesor, el coronel Gutiérrez Soto, veamos qué fuerzas militares tenía España en Filipinas el año 1887 (7).

Era Gobernador General, Capitán General y Director General de todas las armas e Institutos armados del archipiélago el excellentísimo señor don Emilio Terrero y Perinat, con el Mariscal de Campo don Antonio Díaz-Berrio por segundo cabo de la Capitanía General y Subinspector de Infantería, Caballería, Guardia Civil y Carabineros.

El arma de Infantería se hallaba representada por siete regimientos indígenas de seis compañías cada uno, encuadrados en dos medias brigadas. En total, 5.741 hombres. Cada media brigada la mandaba un coronel; la primera de ellas —coronel don Félix Latorre López— guarnecía Manila y Cavite; la segunda (coronel don José Márquez y Torres—, Mindanao y Visayas. Los regimientos estaban mandados por tenientes coroneles, con un comandante por segundo jefe. Eran los siguientes:

España núm. 1.—Teniente Coronel D. Joaquín Vara de Rey y Rubio. Segundo Jefe, Comandante D. Eustaquio Ripoll Rubio.

Iberia núm. 2.—Teniente Coronel D. Federico Novellas. Segundo Jefe, Comandante D. Angel Rodríguez.

Magallanes núm. 3.—Teniente Coronel D. Eduardo Guichot Romero. Segundo Jefe, Comandante D. Leoncio Iruretagoyena Crasso.

Mindanao núm. 4.—Teniente Coronel D. César Mattos Bermúdez. Segundo Jefe, Comandante D. ... (Vacante).

Visayas núm. 5.—Teniente Coronel D. Adolfo Harguin Usen. Segundo Jefe, Comandante D. Eduardo Crespo Libroero.

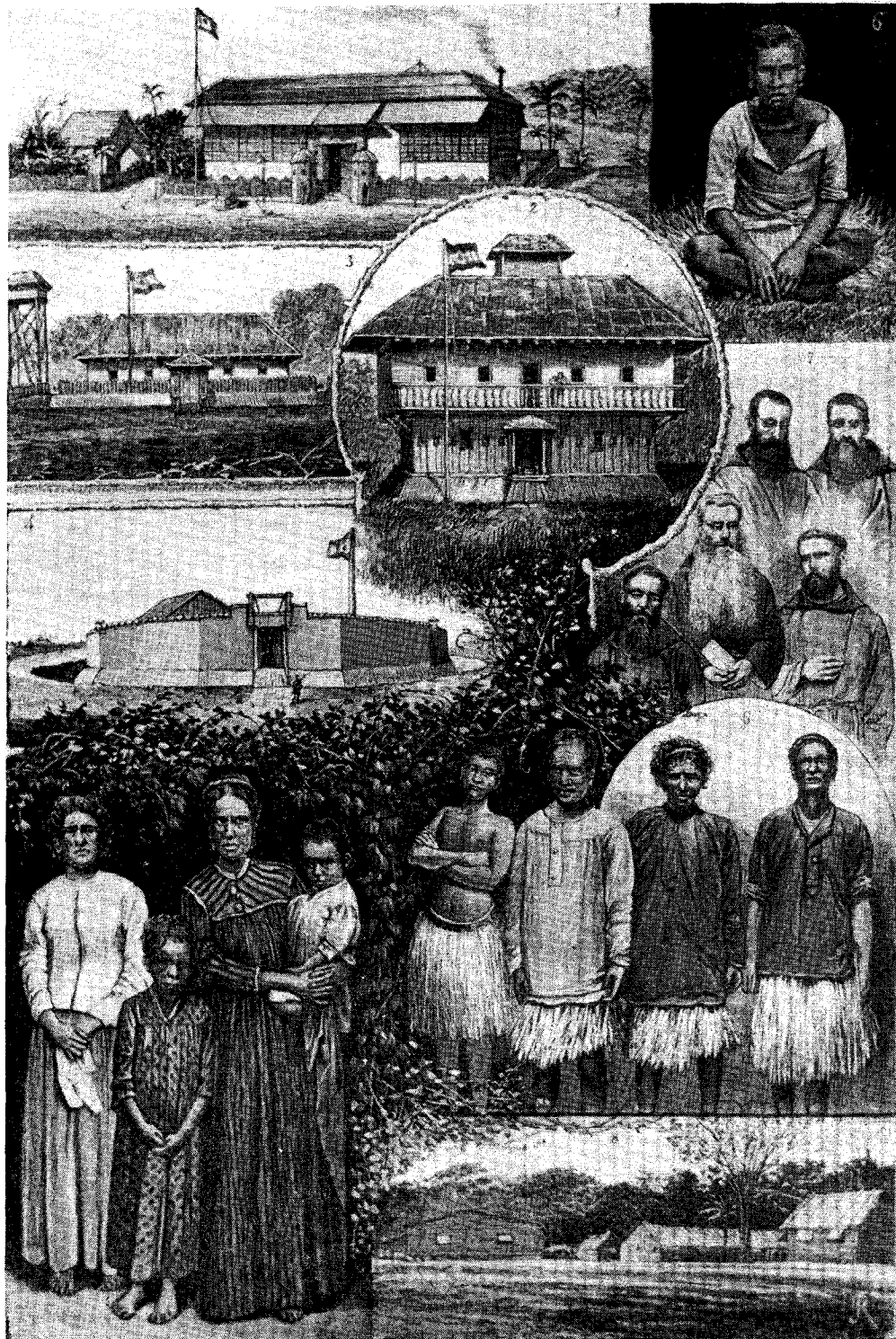
Joló núm. 6.—Teniente Coronel D. Federico Triana Ortigueira. Segundo jefe, Comandante D. Vicente Penado León.

Manila núm. 7.—Teniente Coronel D. Manuel Martínez de Velasco Sánchez. Segundo Jefe, Comandante D. Joaquín Moned Carro.

La Caballería constaba de un escuadrón de lanceros, que mandaba el comandante don José Paniagua Ferrán, con tres capitanes, y otro comandante jefe del Detall, que era don Emilio Herrero Cortés. Total de hombres, 159; de caballos, 120.

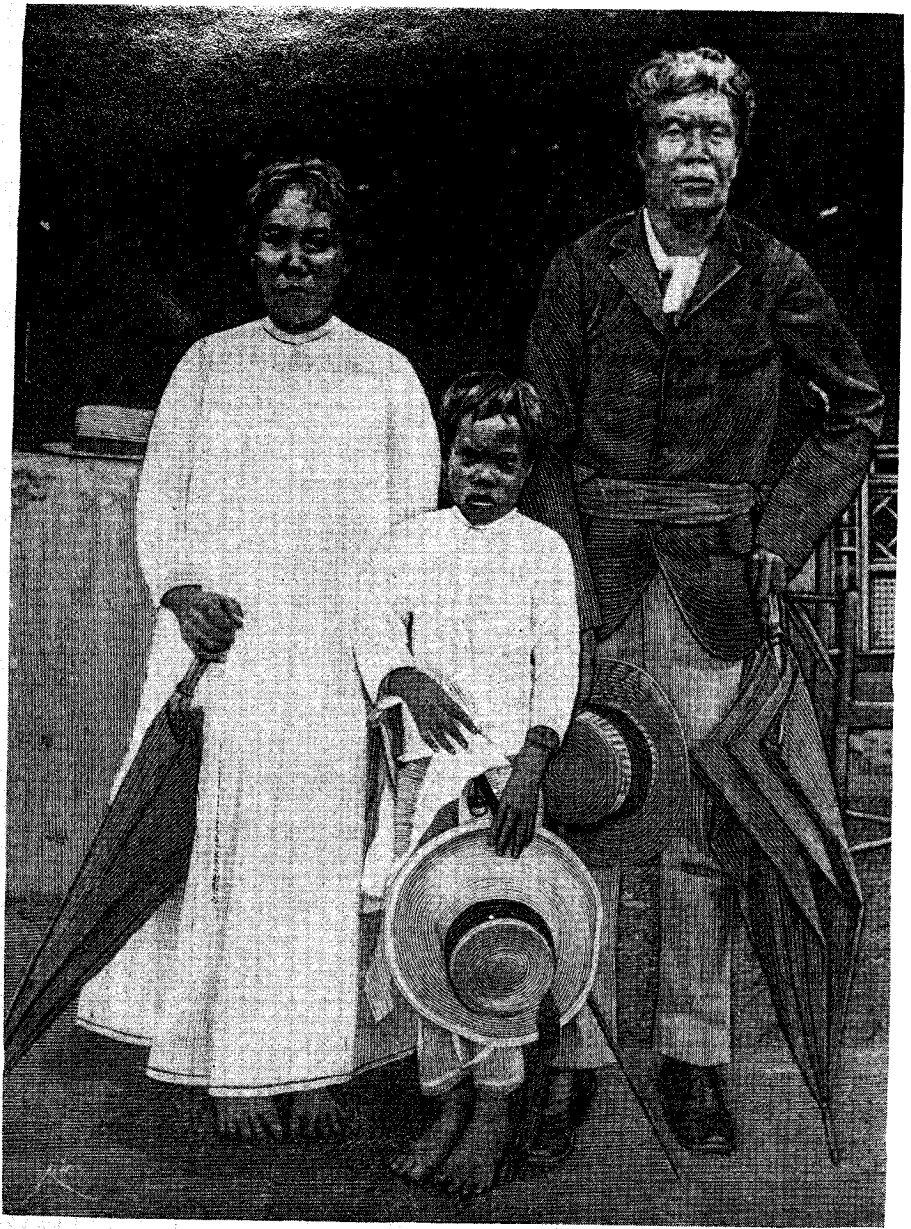
La Artillería —12 cañones, 957 hombres— se componía de un regimiento de dos batallones de soldados peninsulares. Cada batallón tenía seis compañías, de las cuales, la última era de montaña. Había, además, afecta a Artillería, una compañía de obreros. El Sub-

(7) Datos y cifras oficiales, extraídas de Anuarios Militares de la época.



1. Casa-Gobierno de la isla de Ponapé. 2. Fuerte cuartel del Teniente Pozzas. 3. Id. «María Cristina». 4. Id. de «Alfonso XIII». 5 y 6. Tipos indígenas. 7. Padres Capuchinos. 8. Iglesia y residencia de los misioneros.

(De la *Ilustración Española y Americana*, núm. 37 del 8 de octubre de 1890.)



Reyezuelo de tribu con su mujer y su hijo.
(De la *Ilustración Española y Americana*, núm. 54 de 30 de noviembre de 1890, pág. 329.)

inspector de estas fuerzas era el Brigadier don Federico Verdugo Massieu.

El Cuerpo de Ingenieros disponía de un batallón de 443 hombres, encuadrados en cuatro compañías. Era Subinspector el Brigadier don Rafael Cerezo Sáenz.

La Guardia Civil mantenía en Filipinas tres tercios de ocho compañías cada uno, con 3.580 hombres. Los jefes y oficiales pertenecían a Infantería. Los tercios eran mandados por coroneles.

Había, además, en Filipinas, cuatro comandancias de Carabineros con un total de doce compañías.

En 1885, cuando surge el conflicto con Alemania, nuestro despliegue naval en aguas del Pacífico era insuficiente. Esto venía de muy antiguo. D. Santiago Durán y Lira, siendo Ministro de Marina el año 1850, había dicho: «Estas débiles fuerzas no son suficientes más que para defender de piratas joloanos a las Filipinas» (8). Por su parte, un cronista del año 1885 se lamentaba en estos términos: «No hay allí buques útiles de combate ni de defensa; no hay torpedos; no hay siquiera arsenal ni diques donde se pudiera remediar averías sin recurrir a Hong-Kong o a Singapur» ... Siempre ocurre lo mismo en el fácil capítulo de las lamentaciones. Lo más seguro es que España tuviera en Filipinas los barcos que podía permitirse tener. Y eran éstos:

Crucero *Aragón*, de 1.^a clase, madera, construido en 1879; ocho cañones de gran potencia; velocidad, 15 millas; potencia, 4.400 C. V.

Crucero *Velasco*, de 3.^a clase, de hierro, construido en 1881; velocidad, 13 millas; artillado con tres piezas de 15 cm.; potencia 1.500 C. V. En 1887 lo mandaba el Capitán de Fragata don Eduardo Trigueros Barrios.

Vapor transporte de aviso *San Quintín*, adquirido en 1835, con tres cañones de 12 cm.; potencia, 1.500 C. V. En 1887 lo mandaba el capitán de Fragata D. Guillermo España Gómez.

Vapor *Manila*, que era el antiguo mercante *Carriedo*, comprado por Marina para necesidades del apostadero.

Marqués del Duero, pequeño aviso de débil construcción, comprado en 1875, de 500 T. de desplazamiento y artillado con tres cañones.

Tres viejas goletas adquiridas en 1850, sólo útiles para pontones.

Doce cañoneros de madera construidos en Filipinas.

Estas eran nuestras fuerzas permanentes en Filipinas, a las que hay que añadir los Servicios, y también, las Unidades, tanto navales

(8) Memoria publicada en la «Revista General de Marina», tomo IV, cuaderno 7.º, año 1850.

como de tierra, que se enviaban al archipiélago en casos de emergencia.

II

LA SOMBRA FATÍDICA DE LA ISLA. — LAS «MATANZAS». — LAS COLUMNAS GUTIÉRREZ SOTO.—SE SUICIDA EL CORONEL.—ACCIÓN DEFINITIVA SOBRE LA TRIBU REBELDE.—PAZ EN LA ISLA

Precisa el General Serrano en sus cuartillas que el 19 de abril de 1887 España tomó posesión de la isla de Ponapé. El acto se celebró a bordo del *Manila*, con asistencia de los jefes indígenas y bajo la presidencia del gobernador designado, que era el Capitán de Fragata D. Isidro Posadillo y Posadillo, de cuarenta y siete años de edad. Al enarbolarse la bandera nacional —rúbrica viva y solemne del auto de posesión—, fue saludada con aclamaciones de júbilo por parte de los isleños, a las que siguieron cálidas promesas de fidelidad a España hechas a la persona del Gobernador, el cual, dos meses más tarde, había de ser asesinado...

En la isla ya vivían algunos europeos, y entre ellos, un tal mister Doanne, misinero protestante y norteamericano de nación. Ha llegado a la isla sobre el año 1850, así es que en 1887 era en ella una especie de Robinsón malgeniudo, travieso y atravesado. Tan atravesado, que llegó a llamársele *sombra fatídica de la isla*, pues de simple metementado se convirtió en punta de rebelión contra España, azuzando a los canacos hacia el desacato de la nueva autoridad. Y el Gobernador, ahito de semejante follón, lo mandó arrestar por comprobada falsificación de documentos de propiedad, enviándolo con su mujer en el *Manila* —16 de junio de 1887—, para que respondiera de graves cargos ante la Audiencia de Filipinas. La cual Audiencia, obedeciendo con páfilo candor a la complacencia diplomática (9), me lo puso en libertad. El 1 de septiembre del mismo año, el *San Quintín* devolvió a la isla al bueno de mister *Doanne* purificado de todas sus culpas, salvo la de seguir haciendo la santísima a las autoridades españolas.

La guarnición de Ponapé —la de primera planta— quedó constituida por dos oficiales, un médico y setenta y cinco hombres, *la mitad de los cuales eran disciplinados*, como dice el General Serrano, queriendo decir que pertenecían a la Compañía Discip'inaria. El 31 de mayo fondéó en el puerto de la colonia la goleta *Doña María de Molina*, ilustre y venerable armatoste de 435 C. V., que había salido de Cavite, a la vela, tres meses antes. El *Molina* se quedó de pontón en Ponapé. Lo mandaba el Teniente de Navío D. Juan Fernández Pintado, de treinta y siete años. El *Manila* zarpó de la isla

(9) A. CABEZA PEREIRO: Op. cit., pág. 167.

el 16 de junio —ya dijimos que llevándose a mister Doanne—, dejando a la colonia *incomunicada con el resto del mundo...* «Esto, que parecerá extraño al que no haya vivido en nuestras posesiones del Oriente, es lo usual; y así se ve con lamentable frecuencia salir un cañonero u otro barco cualquiera para un punto extraño y enemigo, que no ha sido hollado aún por la planta europea, desembarcar un oficial con 30 ó 40 soldados indígenas y luego levar anclas inmediatamente para no volver en tres o cuatro meses, dejando a aquel infeliz entregado a sus solos recursos». Así se lamentaba un oficial de entonces. Con la guarnición desembarcaron y se quedaron en la isla tres miembros de la Orden de Capuchinos: Fray Saturnino María de Artejona, Fray Agustín María de Aríñez y Fray Luis María de Valencia.

Para albergar a la nueva guarnición se construyeron dos barracones por el sistema de prestación personal, a cargo de cien indígenas. Los capuchinos instalaron su casa-capilla en una de las del país, a 20 metros del *cuartel*.

Dos meses y medio duró la paz en Ponapé. El 1 de julio no acudió un solo canaca al trabajo. Todos habían huido al bosque por la noche. El Gobernador envió al bosque a un oficial con veinte hombres para que se enteraran de qué es lo que había ocurrido. De todos estos hombres no regresó más que uno y herido. Los demás habían sido sorprendidos y muertos por los canacas.

«La cosa ya no podía estar más clara —dijo un testigo presencial de los hechos, un superviviente—: nuestros *leales* amigos estaban en plena insurrección, pudiendo de un momento a otro echarse sobre la Colonia». No dice más ni nadie dice más sobre la causa de la insurrección. Parece ser que los ponapeanos eran de suyo levantiscos y que, además, no concedían gran importancia a cortar unas cuantas cabezas más o menos. Ellos mismos, entre sí, cuando se terciaba una trifulca guerrera entre tribu y tribu, los prisioneros hechos por el triunfador eran sacrificados, incluido el guerrero propiamente dicho, las mujeres y los niños. Esto nos cuenta el doctor Cabeza Pereiro en su libro, y nos cuenta también que los canacos se castraban del testículo izquierdo cuando tenían dieciséis años de edad, y que esto lo hacían, desde luego voluntariamente, para no convertirse en el hazmerreir de las mozas casaderas... Parece ser que esta incómoda costumbre se practicaba en varias islas del Pacífico. No decimos todo esto por capricho tremendista, sino porque de ello quizá pueda aventurarse la suerte que corrieron algunos de nuestros prisioneros en aquel micromundo de corales y palmeras.

Después de la degollina que hicieron los canacos con el oficial y los veinte soldados, atacaron la Colonia, que estaba sin fortificar. De esta primera *matansa* nos dice escuetamente el General Serrano: «Parte de la Colonia pudo refugiarse en el pontón *Doña María de Molina*; el resto fue aniquilado por los carolinos». No hace mención Serrano a la muerte del Gobernador, ocurrida en esta oca-

sión, ni tampoco se refieren a ella los que escribieron en caliente sobre el suceso.

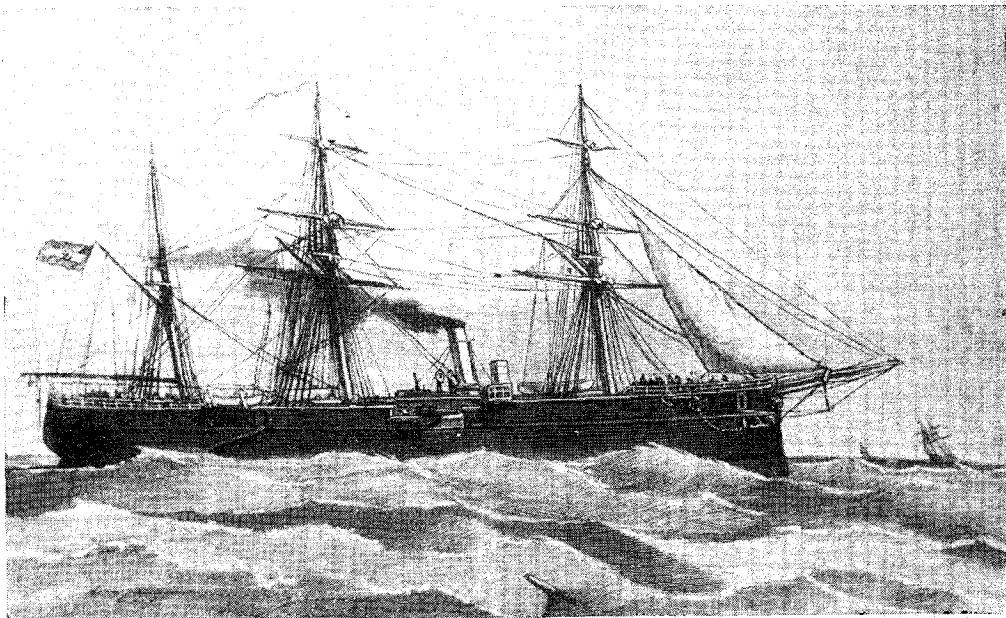
La noticia de este desastre llegó a Manila el 23 de septiembre, es decir, casi tres meses después, y llegó por buen llegar, gracias a que el día 1.º había recalado en Ponapé el transporte *San Quintín* para devolver a la isla a mister Daoanne y a su esposa; a su regreso, el *San Quintín* participó al Capitán General todo lo que había sucedido.

Inmediatamente se organizó en Manila una expedición, que llegó a Ponapé el 31 de octubre. Componían esta expedición el *San Quintín* y el *Manila*, el transporte *Cebú* y el cañonero *Lezo*. La mandaba el Comandante Díaz Varela, de Artillería, y la formaban dos compañías de Artillería peninsular, una batería de montaña de cuatro piezas, dos compañías de Infantería indígena y una sección de Ingenieros. Con la expedición iba el nuevo Gobernador de la isla, que era el capitán de fragata don Luis Cadarso.

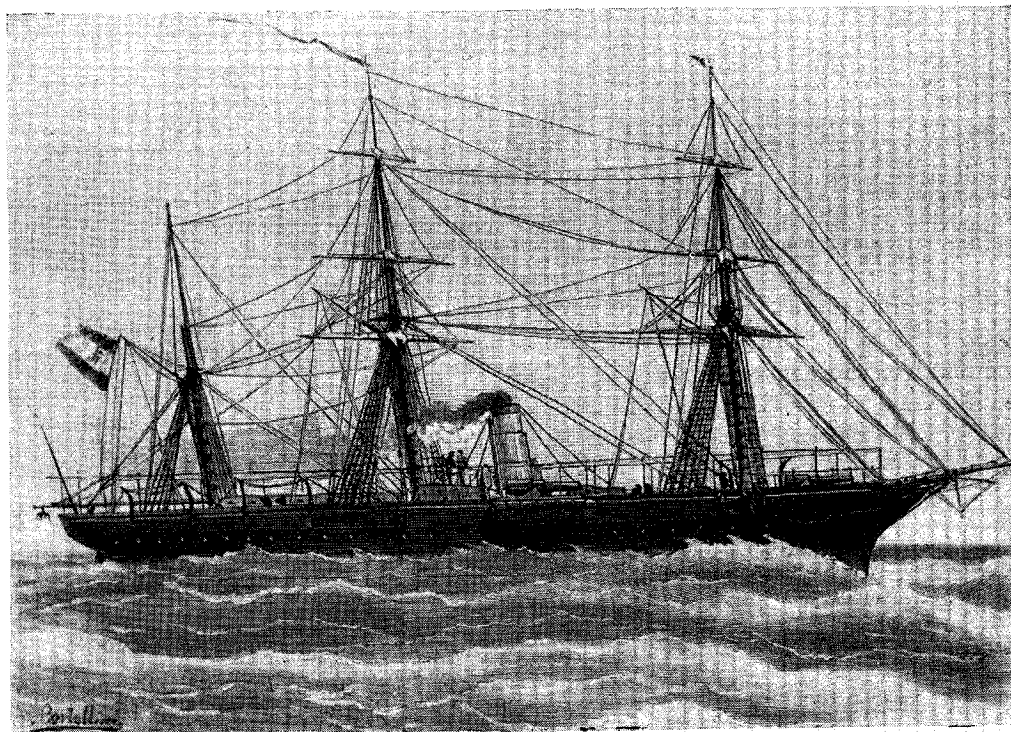
Cadarso ocupó —o volvió a ocupar— el mismo sitio de la colonia primitiva, a la que dotó de un cordón de obras defensivas, elevando en su centro el fuerte que luego se llamó de Alfonso XIII, con cuatro piezas de artillería. La acción política y gubernativa de Cadarso produjo en la isla dos años de paz amable y laboriosa, únicamente perturbada en junio de 1889 por una insurrección capitaneada por los indígenas Kroun Chapalap y Tok Herú, ambos de la irredenta tribu de Metalanin. La insurrección, sofocada en principio, dejó tras sí la oculta semilla de ese vago estado de suversión que se llama simple descontento.

Animado de los mejores propósitos, Cadarso intentó ampliar la obra civilizadora de España utilizando como instrumento de paz la poca fuerza de que disponía. Fracaso; fracaso si fracaso puede llamarse al entusiasmo creador que, por circunstancias abortivas, no llega a perfilarse en hechos reales. Vencer no es triunfar. Lo que triunfa no es el éxito de una empresa, sino el ideal, aunque vaya precedido de fracasos ocasionales. Cadarso hizo lo que tenía que hacer: entregarse al esfuerzo creador edificando escuelas, trazando caminos y elevando iglesias. Por desgracia para el ritmo evolutivo de la civilización universal, las crisis de rechazo interracial son hechos tan históricos como la misma Historia. Y se pagan en sangre. Esta vez, el rechazo costó a España la muerte de un oficial, un sargento, cuatro cabos y 34 soldados: la segunda *matanza*.

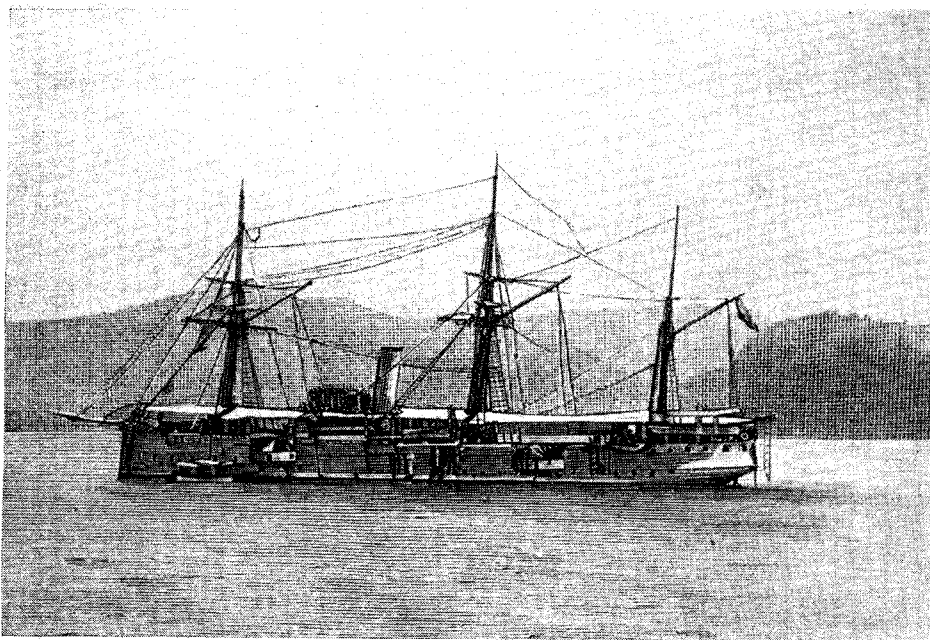
El General Serrano registra estos hechos con las palabras precisas: «El día 25 de junio de 1890, a las seis de la mañana, salió el Teniente D. Marcelo Porras con toda su gente desarmada camino del bosque. Iban a talar árboles para seguir construyendo. En Oa (tribu Matalanim) dejó un cabo y cuatro soldados al cuidado del armamento, que estaba almacenado en un camarín de nipa. Cuando los canacos Kroun Chapalap y Tok Herú juzgaron que el Teniente y su gente estaban bastante lejos, se lanzaron con otros



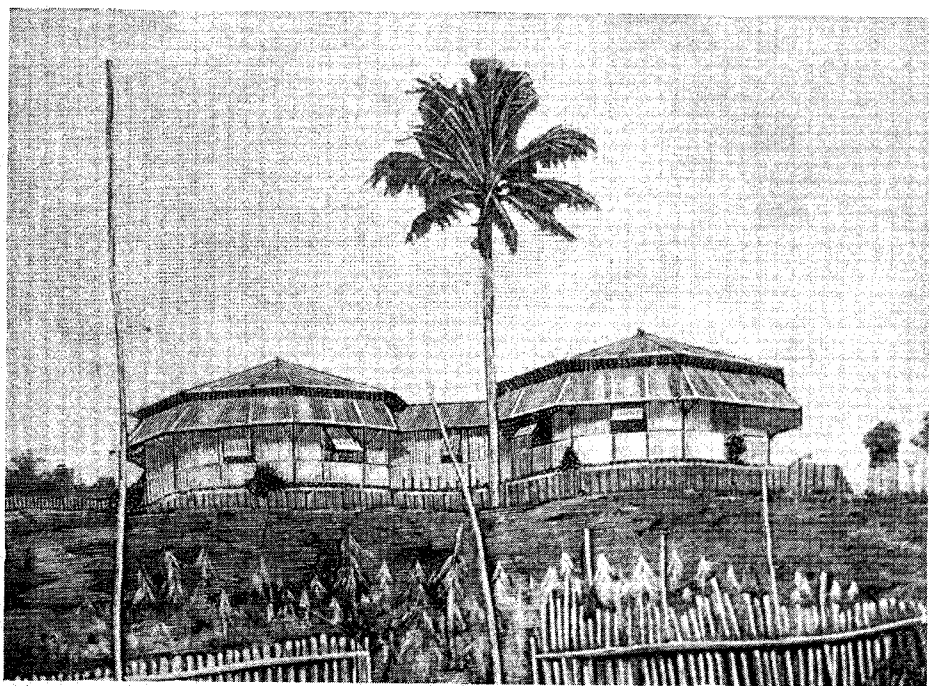
El cañonero «Velasco».
(De la *Ilustración Española y Americana*, núm. 32 de 30 de agosto de 1885, pág. 124.)



El vapor trasatlántico «San Quintín».
(De la *Ilustración Española y Americana*, núm. 32 de 30 de agosto de 1885, pág. 128.)



El crucero «Ulloa».
(De la *Ilustración Española y Americana*, núm. 44 de 30 de noviembre de 1890, pág. 329.)



La enfermería de la colonia de Ponapé en Santiago de la Ascensión.
(De la *Ilustración Española y Americana*, núm. 54 de 30 de noviembre de 1890, pág. 329.)

canacos sobre el cabo y los cuatro soldados y los asesinaron, robando el armamento. Después, borrachos de sangre, se fueron en busca del Oficial y sus hombres, a los que asesinaron y mutilaron bárbaramente».

A la vista de los nuevos sucesos de Ponapé, el Capitán General de Filipinas (Weyler) envió una Columna Expedicionaria de Operaciones, que embarcó en los cruceros *Veiasco* y *Ulloa*, ambos de tercera clase, al mando del coronel de Infantería don Isidro Gutiérrez Soto, de cuarenta y ocho años de edad y dieciséis en el empleo. La columna llegó a Ponapé el 1.º de septiembre de 1890, con los siguientes efectivos:

Tres Compañías de Infantería.
Una íd. y dos secciones de Infantería de Marina.
Una Compañía de Artillería.

El total de estas fuerzas arrojaba:

Cinco Capitanes.
Doce Tenientes.
Dos Alféreces.
Catorce Sargentos.
Treinta y dos Cabos.
Cuatrocientos sesenta y nueve soldados, de los cuales treinta y ocho indígenas.

A los pocos días de desembarcar, el coronel Gutiérrez Soto cursó al Capitán General de Filipinas un informe con entrada optimista y salida a la verdadera situación, menos optimista. Según este informe, la isla estaba tan pacífica que parecía que en ella nunca hubiera ocurrido nada; que nada hacía creer en una sublevación general, y que aunque así fuera, sería de escasa importancia, pues aun suponiendo que los indígenas pudieran levantar 2.000 hombres, no disponían más que unos 400 fusiles. En la parte realista del informe se quejaba el coronel de la misión protestante residente en la isla, cuya influencia sobre los nativos era notoria. También se quejaba del poco realce de la casa en que se hallaba instalado el gobierno de la isla; de lo mediano que era el fuerte, de la gran falta de útiles de trabajo, del pésimo estado del pontón Doña María de Molina y, en general, de la probeza con que estaba representada España.

A las cinco de la mañana del 13 de septiembre de 1890, salió, por fin, la columna Gutiérrez Soto con dirección a Metalanim provista para cualquier contingencia bélica —como sería la de sofocar cualquier núcleo de resistencia larvada—, pero, en el fondo, con la idea prevalente de limitar su acción a simple exhibición de fuerza. La

columna, de 483 hombres, llevaba en vanguardia una compañía de Artillería; en el centro, una de Infantería de Marina y dos de Infantería de Línea; en retaguardia, otra de Infantería. Mover cerca de 500 hombres, con sus pertrechos de guerra, a través de la jungla, es desafiar límites de audacia. La jungla es barrera y laberinto, silencio y amenaza. La columna no pudo atravesar la jungla para caer sobre Oa por retaguardia, como pretendiera el coronel. La jungla tiene sus leyes. A los dos días regresó a la Colonia. Es malo que un coronel regrese a la base de partida sin haber ocupado su objetivo. Eso duele y no se olvida. Es como un arpón clavado en la carne del honor.

Tras un día de descanso en la Colonia, Gutiérrez Soto volvió a intentar la toma de Oa, esta vez por mar. Embarcó con su columna en el transporte *Manila* y en el mercante *Antonio Muñoz*. Desembarcó en Palitipón sin novedad, donde pasaron la noche. Por la mañana, muy de madrugada, todo estaba dispuesto para proseguir la marcha hacia Oa. No faltaba más que el coronel. ¡Qué sueño tenía el coronel!... Y como no despertaba y se levantaba para ponerse al frente de la columna, el ayudante y el médico fueron a burcarlo a su casa, una especie de chabola de nipa. *Allí estaba el Coronel, inmóvil, salpicado de manchas de sangre, el revólver empuñado en la mano derecha, con el cañón cerca de la boca y una cápsula vacía, en la camilla de campaña que le había servido de lecho, con la gorra echada un poco sobre la cara, como si estuviera sesteando... Ni el más ligero movimiento debió hacer al dejar de existir* (11).

¿Qué velos intrigantes encubrieron la razón de este suicidio? ¿Qué molde se rompe en la alfarería del cielo cuando el jefe de una columna se arranca la vida de un pistoletazo? Sobre toda acción de mando se enarbola el mástil de una responsabilidad sujeta a rigurosas servidumbres. Gutiérrez Soto resolvió su problema— quizá el de su honor—, pero no su responsabilidad de jefe.

A su muerte se hizo cargo de la columna el capitán de Artillería, comandante de Ejército, don Víctor Díaz, a quien por Ordenanza le correspondía. Víctor Díaz, dueño ya de su criterio táctico, que no coincidía con el del coronel, optó por reembarcar la columna en el *Manila*, y después apoyada por el fuego de los cruceros *Velasco* y *Ulloa*, desembarcar y atacar de frente el pueblo de Oa. La operación, larga de narrar, se efectuó con éxito y dureza, llegándose en algunos casos al arma blanca. Hubo cinco muertos y 27 heridos españoles.

Cumplida su misión, que, en suma, era de presencia y castigo a la rebelde tribu de Metalanim, el día 21 reembarcó la columna y regresó a la Colonia.

(11) Narra esta escena el mismo médico. A. CABEZA PEREIRO: Op. cit., página 188. El General SERRANO, en sus memorias, dice: «...la muerte del Coronel Gutiérrez Soto fue un enigma».

Efectivamente, se había sofocado un foco de rebelión, pero no la rebelión. Las rebeliones, si no se extirpan de raíz, siempre encuentran horma que las ensancha. El *more bellico* no admite ideas fraccionadas: se es o no se es; se llega o no llega. Quizá supiera estas cosas el Gobernador de la isla pero optó por la tendencia nefasta de brindar al mando un finiquito con venda... Convocó junta de jefes y levantó acta de lo sucedido. El 24 de septiembre envió el documento al Capitán General de Filipinas (Weyler), que reaccionó enviando a Ponapé nueva y fuerte expedición... El General Serrano nos legó copia de lo acordado en el acta:

Primero.—Suspender las operaciones de guerra contra la tribu de Metalanim hasta la resolución de la Autoridad superior del Archipiélago, haciendo presente a dicha superior Autoridad que la Junta considera haber sido castigada la expresada tribu, de manera tal, que nuestro pabellón quedó reinvidicado y honrado.

Segundo.—Que no ve perjuicio alguno en esta suspensión... Etcétera.

El jefe de la nueva expedición fue el coronel de Infantería don Manuel Serrano Ruiz, autor, como se sabe, de las memorias que estamos siguiendo. Al marcar Weyler a Serrano las atribuciones con que éste iba a Ponapé, le decía: «... se hará cargo V. S. del mando superior de todas las tropas del Ejército y de la Marina, y en el caso de que el estado de salud del Señor Gobernador no le permita seguir desempeñando este cargo, le reemplazará el comandante de Ejército, capitán de Artillería don Antonio Díez de Rivera». Serrano llegó a la isla el 14 de noviembre de 1890; tres meses más tarde causaba baja el Gobernador...

El nuevo coronel no traía consigo más que 162 hombres de tropa del Ejército de tierra y una selecta plantilla de once jefes y oficiales. Sumada esta fuerza a la que ya había en la Colonia, hacía un total de 885 hombres distribuidos en dos compañías de Artillería, una de Infantería de Marina y cinco de Infantería de Línea. Esta era la fuerza presente, que no la disponible. Lo advierte Serrano en sus memorias: «... las unidades tenían un diez por ciento de su fuerza en el Hospital y otro tanto en los dormitorios» (12).

La acción de castigo sobre Oa no había producido más que efectos locales: la tribu de Metalanim seguía sublevada, aunque no en guerra caliente, como se diría hoy. La salud de la isla exigía su rápido sometimiento. Esa era la misión encomendada al coronel Serrano.

(12) «...el desastroso estado de nuestros pocos soldados, mal vestidos, peor alimentados y abatidos y enfermizos por los rigores del clima y anteriores campañas en Mindanao», A. CABEZA PEREIRO, Op. cit., pág. 182.

Después de unos días de paciente y eficaz labor informativa, se localizaron los núcleos principales de la rebelión: Olacap, al Norte; Hanepas, al Sur; con Letao, Kétam y Hatilong al Este. La mayor concentración, tanto en número de hombres como en obra defensiva y en armamento, se encontraba en Kétam.

Serrano dividió su fuerza en dos columnas. Objetivo: Kétam. La primera columna la mandaba él y constaba de 320 hombres; la segunda el comandante de Ejército, capitán de Artillería, don Antonio Díez de Rivera, con 297 hombres.

El día 20 de noviembre embarcaron las fuerzas en Ponapé con rumbo a Metalanim. La primera columna embarcó en los cruceros *Velasco* y *Ulloa*; la segunda en el transporte *Cebú*.

A partir de este momento, el General Serrano trata los hechos con el decoro narrativo de quien en ellos es juez y parte. Los trata con tanto pudor, que tenemos que apartarnos de sus cuartillas para seguir, casi al pie de la letra, lo que dice el médico que iba en la segunda columna de operaciones. Este médico es don Anselmo Cabeza Pereiro, autor del libro tantas veces citado (13).

La segunda columna debía seguir el camino indicado en el croquis, por la línea de puntos, y la primera había de remontar el río Pillapletao. La Marina tomaría parte en la operación con una escuadrilla de botes, armados dos o tres de ellos con cañones y ametralladoras. El plan del coronel Serrano lo encontramos buenísimo, práctico, realizable y bien concebido.

»La segunda columna debía desembarcar en Oa; la primera, en Metalanim. Después, a una señal de tres cañonazos, que daría el coronel, ambas columnas emprenderían la marcha para caer juntas sobre Kétam.

»Una vez frente a Oa, sobre las dos de la tarde del día 21, se echaron los botes al agua y empezó el desembarco de la segunda columna. A unos 500 metros de tierra tuvimos que echarnos al agua, pues los botes no podían salvar los arrecifes. Alcanzada la tierra firme, se hizo un pequeño reconocimiento sin encontrar enemigo. Pasamos la noche en Oa.

»Al amanecer del día 22 se oyeron los tres cañonazos convenidos. La columna emprendió la marcha. A eso de las once de la mañana, nuestra vanguardia fue agredida por un grupo de canacos atrincherados. La vanguardia se defendió, desalojando al enemigo de su formidable posición. Al recoger nuestras bajas nos encontramos tres soldados muertos y once heridos, entre éstos el Capitán Vilches con dos balazos, uno en el brazo y otro atravesándole el pecho. También había resultado herida por tiro en la rodilla la mujer del guía, que se llamaba Licanot. Hecha la cura de los heridos y enterrados los muertos, seguimos la marcha. Al poco rato empezaron a picarnos la retaguardia, causándonos dos bajas más.

(13) Página 213 y sig.

»Sobre las cuatro de la tarde, hora en que creíamos estar cerca del punto de reunión con la primera columna (Kétam), una descarga dirigida desde unas casas dejó en el suelo a ocho hombres. Nuestra vanguardia ataca a la bayoneta, y si bien logra desalojar de enemigos las casas, tuvo que replegarse ante el fuego que hacían unos 500 canacos atrincherados en poco más lejos. La noche se echaba encima, y como el número de muertos y heridos era considerable, el Comandante de la columna ordenó el cese del fuego, situándonos a la defensiva cerca de un arroyo.

»La columna había quedado mermada: 21 muertos y 53 heridos. La fortísima empalizada y trinchera con cinco cañones, que defendían el pueblo de Kétam, nos fue imposible de tomar. Nos retiramos a una pequeña loma situada a unos cien pasos a retaguardia. Al oscurecer trasladamos a esta loma a nuestros heridos; después recogimos los muertos, sus armas y sus municiones. Una vez cumplido este deber, aprovechamos la noche para situarnos sigilosamente frente a la fortaleza enemiga, formando el cuadro, pues había que evitar una posible salida de los canacos. Si esto ocurriera, allí nos encontrarían. El comandante había dado la orden de absoluto silencio: ni toser. En caso de agresión enemiga, se dispararía a quemarropa; después, defensa a la bayoneta. En esta situación pasamos la noche del 22, la más horrible que pueda imaginarse. Al amanecer se oyó un lejano toque de diana. A la media hora oímos fuego continuo de fusilería: el Coronel había llegado a Kétam y atacaba. Nosotros hicimos lo mismo. Los canacos, cogidos entre dos fuegos, huyeron al bosque.

Respeto a la actuación de la primera columna, sigue diciendo el autor:

«Hecha la señal convenida de tres cañonazos, el Coronel Serrano empezó la operación de desembarco, utilizando los botes, lanchas y canoas de los Cruceros *Ulloa* y *Velasco* y los del *Manila*. La columna debía desembarcar cerca de la boca del río Pillapletao y seguir luego su orilla derecha. Pero después de varar los botes varias veces y perder inútilmente dos horas, el coronel, no queriendo faltar a la cita con la segunda columna, decidió efectuar el desembarco en la isla del Rey o Tanuán. Este contratiempo inesperado, que produjo sensible retraso y que alargaba la distancia a Kétam, obligó al Coronel a tirar por el camino más corto, para lo cual hubo de atravesar varios ríos sin descansar ni un momento. El día 22 tuvo que detenerse en Alialup, después de tomar las trincheras que allí se oponían a su paso.

»Al amanecer del día siguiente siguió la marcha hacia el objetivo final, Kétam, bien fortificado y defendido, que tomó a la bayoneta.»

Todo aquello no tuvo nada de fácil, aunque hoy duerma y descanse en un recodo mudo de la Historia. El día 26 regresaron las fuerzas a Ponapé. El 28, el Coronel Jefe publicó la siguiente Orden:

Soldados :

En cinco días de penosas marchas, de grandes fatigas y esfuerzos, de sangrientos y gloriosos combates, habéis logrado cruzar de lado a lado la rebelde tribu de Metalanim, asaltando la formidable fortaleza de Kétam ...

Desagraviada la Bandera, ya sólo nos falta asegurar el porvenir, fortificando determinados puestos.

Guardad respetuosa memoria de vuestros compañeros muertos gloriosamente e imitad la valentía y seguid el ejemplo que en los pasados días os dieron siempre vuestro Segundo Jefe, Comandante D. Antonio Díez de Rivera; los Capitanes Aguado y Romerales, Monasterio, Cebrián y vuestros Oficia'es todos.

Imitad igualmente la nobilísima conducta de los artilleros Jerónimo Cándara y Casimiro Rodríguez, que se hicieron acreedores a la Cruz de San Fernando.

Fiad también en mí, que he de procurar disminuir fatigas y proporcionaros la comodidad posible... Haceros merecedores de que cuando regreséis a vuestros cuarteles o a casa de vuestros padres, se diga de vosotros con admiración: *¡Ese es de los de Carolinas!*

Vuestro Coronel.

La tribu de Metalanim fue administrativamente disuelta. Su territorio se distribuyó entre las contiguas de Kiti y de U, levantándose las correspondientes actas.

«Así terminó todo —concluye el General Serrano,—, quedando la isla en una era de paz y tranquilidad y relativa prosperidad, no viéndose turbada en absoluto en los nueve años siguientes que perteneció a la Corona de España.»

RAMÓN SÁNCHEZ DÍAZ